

5  
F. 269

C-12  
9

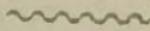
Biblioteca de EL TELÉGRAMA.

# EL PELUQUERO DE MOSCOW.

CUENTO RUSO

POR

( \* \* \* \* \* )



CORUÑA:  
Establecimiento tipográfico de V. Abad  
SAN NICOLAS, NUM. 28.  
1879.

C-12  
9

M. 11865

R. 11797

LIBRARY OF THE  
BUREAU OF ETHNOLOGY  
WASHINGTON, D. C.

1900

her  
cas  
sien  
tan  
por  
tre  
R  
con  
per  
gric  
poco  
trae  
aque  
E

MONTERREY

Librería Anticuaria  
de Galicia

G. Aranda, 18-Tel. 16843

VIGO

## EL PELUQUERO DE MOSCOW.

A mediados del mes de Junio del año de 1646, un hermosísimo sol vibraba sus rayos sobre las metálicas cúpulas de la ciudad de Moscow. Un pueblo de siervos caminaba humildemente por las calles en tanto que algunos señores circulaban en carruage por medio de la muchedumbre habriéndose paso entre ella á latigazos.

Entre la gente de á pié, un hombre contemplaba con curiosidad aquel espectáculo que parecia nuevo para él. Llevaba en su fisonomía el sello de la alegría y de la indiferencia: su aire era tranquilo y un poco burlon, sin embargo daba algunas veces muestras de compasion por la silenciosa humildad de aquel pueblo.

Este hombre veia las correas de un látigo agitarse

sobre su cabeza y se mantenía altivo sin moverse ni tratar de evitar el golpe, y el látigo inmediatamente se volvía para ir á caer sobre algun desgraciado moscovita.

Es claro que este individuo debió ser extranjero y un extranjero es conocido en todos los pueblos á la legua. Este hombre era francés y de oficio peluquero, se llamaba Valandrú. Figuraba entre sus parroquianos en París una señorita que acababa de salir del convento donde se habia educado y de entrar en el gran mundo. La habia peinado con tan buen tino, que la amable niña, bella ya y hermosa por sus gracias naturales, habia sido pedida en matrimonio por un diplomático.

Al poco tiempo despues de su union, fué enviado el marido á Moscow con la mision de representar allí á la Francia. Animado por la que le debia, segun él pensaba, su alta posicion, no habia vacilado Valandrú en abandonar su clientela y trasportar sus penates á Rusia muy persuadido de que allí le aguardaba una gran fortuna. Hacia ya mas de un mes que se hallaba allí y cada vez se alegraba mas de su resolución.

Protegido por la señora embajadora, buscado por el mundo de tonq y elegante era muy natural que se creyese superior á un pueblo de esclavos y suficientemente autorizado para desafiar á la nobleza rusa, que segun todas las apariencias no podria pasarse sin él.

En aquella época comenzaba la Rusia á salir de las tinieblas de la barbarie. Esforzabase en reclutar hombres de talento en todos los estados de Europa, y

Valandrú se colocaba entre los hombres de talento.

Valandrú no podia llegar mas á propósito á la ciudad de Moscow. El Czar Alexis acababa de suceder en el trono á su padre Miguel Romanow, el primero de la rama que todavía hoy reina. El jóven monarca pensaba en casarse. Debía de haber en esta ocasión brillantes fiestas y Valandrú no sabia como dar abasto al trabajo.

Es sabido que en otro tiempo los Czares tenian costumbre de casarse con una de sus súbditas: es decir, de contraer un matrimonio segun su inclinacion. Mas tarde han adoptado las costumbres de los príncipes civilizados, subordinando á la conveniencia pública y á la razon de estado un vínculo que solo deberia estar destinado á asegurar la felicidad de su vida.

Hacia mucho tiempo que amaba Alexis á la hija de un noble pobre y se disponia á colocarla á su lado en el trono. Contrariaba singularmente este proyecto las miras de su antiguo ayo á quien habia nombrado su primer Ministro. Este señor, deseaba unirse á la hija de otro noble oscuro llamada Ilia y destinaba á su soberano la hermana de esta, Maria.

Por un cálculo de los mas lógicos pensaba Morosow que el doble título de ministro y de cuñado del Czar pondria infaliblemente su poder á cubierto de las vicisitudes del Czar y de los caprichos de su amo y señor.

Acercábase el dia en que iba á ser presentada en palacio la futura Czarina, debiendo verificarse al dia siguiente la ceremonia nupcial.

EL PÉLUQUERO DE MOSCOW.

¿Cómo oponerse á la voluntad de un monarca absoluto y enamorado?

Vamos á ver como el ministro moscovita imaginó un medio de obligar al jóven Czar á romper su amor y casarse á su gusto.

Gracias al favor y sobre todo á la linda cabeza de la embajadora, muy capaz de hacer lucir y resaltar un peinado, veia crecer y aumentar su reputacion el peluquero. Llovía el oro en sus bolsillos, y columbraba ya el artista francés la época en que vuelto á su patria seria bastante rico para comprar una grande y hermosa casa de campo y tal vez una baronía.

Regocijábase de tener por parroquiana á una encantadora viuda, la condesa Golowina, que por el favor que gozaba con Morosow era muy obsequiada de todos, muy especialmente por el embajador de Francia, por que es muy conveniente para un diplomático estar bien con los favoritos de la córte estrangera donde reside.

Por la misma razon se visitaban a menudo las dos damas y algunas veces encontraba Valandriú á la una en casa de la otra.

La condesa Golowina acababa de ser nambrada por el primer ministro dama de honor de la futura Czarina.

Entusiasmada con su peluquero complacíase en contarle á este por la mañana el efecto que la noche antes habia producido su peinado en los salones del palacio. Prometia presentarle á la angusta novia asegurándole que solo él tendria el honor de peinarla cuando se presentase en la Córte.

Fué una mañana, como de costumbre, Valandrú á peinar á la condesa.

Aunque no había tardado aguardábale con impaciencia la dama de honor.

Le renovó sus elogios, le calmó de atenciones, y tanto insistió para que la acompañase á almorzar, que concluido el peinado se vió obligado á aceptar, sopena de pasar por un grosero.

La condesa dió orden de servir el desayuno en su cuarto, á fin de decia, de encontrarse mas completamente sola con su amable convidado, prohibiendo que la entrasen visita alguna, cualquiera que fuese quien viviese á verla.

Por el pronto Valandrú se imaginó que había inspirado una violenta pasion á la dama de honor.

Leno de confianza en su mérito se arregló medianamente, y esperaba recibir una proposicion formal de casamiento.

Preguntábase á sí mismo si el titulo de Boyardo bastaria á determinarle á abandonar su país.

Debemos añadir en elogio suyo que tenia ya tomada su resolucion, y que en caso de que le conviniere corresponder é la pasion de que se creia objeto, no queria consentir en casarse con la condesa sinó á condicion de que esta se fuese con él á Francia.

Esquisito fué el almuerzo; nada se había olvidado en él de cuanto pudiese escitar el apetito y lisongear el gusto de un peluquero francés.

Cuando todo estuvo servido en la mesa, la condesa Golowina mandó que se retirasen sus criados.

—¡Ya apareció aquello! se dijo Valandrú, este es el momento de la declaracion.

—Dejó de comer y aguardó el silencio.

Bastante embarazada pareció al pronto la dama de honor. Vaciló, puso se ligeramente colorada, tosió muchas veces, y por último se decidió á hablar, comenzando por tartamudear.

El peluquero en una actitud propia de las circunstancias, bajó los ojos y abrió los oídos.

—Señor Valandrú, le dijo la condesa, no os admire el placer que tengo en recibiros en mi casa, he reconocido en vos un hombre muy superior á su oficio y condicion.

—¡Buen principio! pensó para si el peluquero.

—Estais llamado á ocupar destinos mucho mas elevados, prosiguió diciendo la dama de honor.

—La señora condesa me hace mucho favor, respondió con modestia Valandrú arreglándose la chorrera de la eamisa.

—No tal, por vida mia, replicó la condesa, os confesaré que me tendria por muy feliz en contribuir á vuestra fortuna, y para daros una prueba del aprecio en que os tengo voy ahora mismo á confiaros un secreto de Estado.

—Señora. me haceis mucho honor.

—No tal, es justicia que se os debe. Comprenderis al mismo tiempo que debo exigiros la mas grande discreccion.....

—No ignora la señora que la discreccion es uno de los primeros deberes de mi oficio. Admitido a la intimidad de altos personajes, yo debo verlo y oirlo todo y no saber nada.

—Perfectamente dicho, replicó la condesa; además sería enteramente inútil manifestar; que todo depositario de los secretos de Estado lleva consigo el elemento de su fortuna ó su sentencia de muerte.

Dejó escapar un ligero gesto Valandrú. Aunque se tenía por muy discreto, asustábase involuntariamente la confianza con que querían honrarle.

—Nuestro soberano vá á casarse, continuó la condesa Golowina. Quiere casarse con una jóven desconocida á quien amaba en vida de su padre. El difunto Czar negó siempre su consentimiento á esta union, y hoy la nobleza rusa la mira con disgusto. Nuestro jóven monarca no atiende mas que á su passion, y no ve que la que ama deja mucho que desear en punto á buena salud y constitucion física. Si se verifica este matrimonio, la rama de los Romanów tan floreciente en su origen va á degenerar y extinguirse.

Valandrú no atinaba que tenía él que ver con todo aquello, y estrañaba el giro particular que tomaba el corazon de la condesa antes de declararse; por lo mismo se escitó mas su atencion y curiosidad.

—El primer ministro quiere á toda costa impedir este matrimonio, prosiguió la dama de honor, empero cómo oponerse á la voluntad de un monarca absoluto que todo lo pierde? Morosow teme ver desairada en este negocio la influencia y autoridad que le da sobre el príncipe su título de antiguo ayo. El interés del pueblo ruso apremia y no hay tiempo que perder. Decidido á lograr su objeto el ministro trata de conseguirlo por un medio indirecto. Y aquí es,

EL PELUQUERO DE MOSCOW.

señor Valandrú, donde yo reclamo toda vuestra atención.

El peluquero se arrellenó en su sillón y después quedó inmóvil.

Mañana la futura esposa del Czar debe hacer su aparición en palacio. La ceremonia del matrimonio será al día siguiente. Le han preparado un magnífico traje y recibiréis la orden de ir á peinarla. Esos ramos que se distinguirá en esta ocasión vuestra liberalidad, por que se trata de la salvación del estado de vuestra fortuna..... ¿Me escuchais, señor Valandrú?

—Os escucho, señora.

—Desea el ministro que inventeis un cierto modo de atar y sugetar los cabellos de la jóven, que ocasionen un embarazo, un malestar, hasta un padecimiento que reproduciéndose sobre su rostro abraza faliblemente los ojos al Czar.

Hizo el peluquero un movimiento que no se escapó á la vista de la condesa.

—Desde hoy, continuó diciendo con aire distraído, recibiréis un rico presente como primera prenda de las liberalidades del ministro.... ¿Me comprendéis, señor Valandrú?

—Si señora, comprendo que me proponéis una infamia, respondió el peluquero. Deciais que me jugais superior á mi profesión. ¿En que clase me colocais, pues quereis hacerme cómplice de un crimen? Con vuestro permiso me retiro.

Habíase levantado ya de la mesa, y se aproximaba á la puerta.

Asustada la condesa no sabía que hacerse cuando

—Ig-  
Ayu-  
—Ro-  
fontes  
abriel  
— n-  
ntonio  
llo y  
arcia.  
romo  
e Go-  
ada —  
osendo  
—Ra-  
z Van  
—Ma-  
Faidé.  
de la  
ballo.

ida.

n.  
a.

a en el  
reco-  
a res-  
de los

D de la

AS  
ana

0  
2  
83

1  
2  
1.05  
22

entró Morosow, que probablemente estaba acechando y había escuchado una parte de la conversacion. Fijó sobre el peluquero una mirada severa.

— Señor mio, le dijo tomando un tono imperioso, hay cosas que es muy peligroso saber cuando se niega uno á asociarse á ellas. Conocéis ahora lo que de vos esperamos. Meditadlo bien, y eligid. Por un lado se os propone una suerte brillante, y por otro lado.. .

— Por otro lado, interrumpió valerosamente el peluquero, soy francés y bajo la proteccion de nuestro embajador. A un pelo solo de mi cabeza que me toquen, os juro por mi honor que tendreis que arrepentiros.

— ¿Y si se os detuviese aquí? replicó con altivez el ministro.

— Os desafio á que lo hagais cuando me está aguardando la señora embajadora y otras muchas damas, exclamó con furor Valandrú, y.... Allí, justamente, mirad al Czar que pasa y se detiene y habla con unos señores. ¿Quién me impide llamarle en mi socorro?

Y al decir esto abrió bruscamente la ventana y se asomo á su barandilla.

Palideció el ministro.

— Cuidado con lo que vais á hacer, le dijo con una voz sombría que mas denotaba el miedo que la amenaza.

Dueño de la poscion, no trató de abusar de ella Valandrú.

Tomando una postura medio grave y medio cómica estendió el brazo diciendo:

— Monseñor, tened la bondad de sentaros en el campé al lado de la señora condesa, y permitid que yo me vaya á emplear en mis ocupaciones.

— ¿Os callareis al menos? preguntó el ministro vencido y lleno de la mas viva ansiedad.

— Si, callaré, respondió magestuosamente el peluquero, por que no me creerian. Además, yo nada tengo que ver con los negocios de Rusia. Pero declaro que lo primero que voy á hacer en saliendo de aqui es depositar en la embajada de Francia un pliego cerrado y sellado con encargo de que lo abran en el caso de que me suceda una desgracia. Ademá suplico á la señora condesa, que busque otro peluquero y que no cuente mas con mis servicios.

Al decir estas palabras, se salió del cuarto y aliviosó los aposentos con la misma dignidad y altivez que pudiera haberlo hecho un marqués ó un duque.

Inclináronse los criados al pasar por delante de ellos un hombre que acababa de tener el honor de almorzar á solas con la señora condesa.

Llegado á la calle, descubrió con la misma ojeada por decirlo así, al Czar, que habia continuado su camino escoltado de dos jóvenes señores y al primer ministro Mosow en observacion en la ventana, que habia quedado medio abierta.

En lugar de detenersé á mirarlos, corrió á la embajada, pidió perdón por haberse hecho aguardar y trató de reparar el tiempo perdido.

— Traeis el semblante muy alterado, le dijo la embajadora, que tenia un espejito delante de ella mientras el peluquero le desenredaba el pelo. ¿Estais malo?

—No, señora, jamás me he sentido mejor, respondió bastante bruscamente.

—¡Mucho me alegro! Sería una calamidad en víspera de tantas y tan hermosas funciones. ¿Que iba á ser de nosotras siL vos?

Guardó silencio Valandrú.

—¿A qué hora peinareis mañana á la futura Czarina? preguntó la embajadora.

—No seré yo el que tendré ese honor contestó lacónicamente el peluquero.

—Me dejais sorprendida ¡la condesa Golowina me habia asegurado sin embargo..... ¡Ah! ahora me esplico la causa de vuestro disgusto ¡no estais malo, pero os ha incomodado eso y se concibe muy bien.... Consolaos, señor Valandrú, no es una desgracia irreparable, y sabéis que yo os quiero bien y que podéis contar plenamente conmigo. Todo eso no son mas que intriguillas, rivalidades y envidias de corte.

Nada replicó Valandrú y en el momento de marcharse le dijo la embajadora:

—Hasta mañana, y venid tempranito. Acordaos que es el gran día, y de que deseo que mi peinado sea una obra maestra, que os vengue del injusto desaire que os han hecho.

Efectivamente, al día siguiente fue muy exacto el peluquero, y realizó las maravillas que la linda embajadora esperaba de él.

■ Acababa de replegar sus velos la noche despues de haber luchado contra las brillantes iluminaciones del palacio y las resinosas antorchas que no habia cesado de pasear el pueblo por las calles en señal de regocijo.

Aunque hacia tiempo que habia amanecido, reinaba al rededor de la mension de los Czares un triste silencio. Iban y venian oficiales de órdenes, sin aproximarse unos á otros, ni hablar entre si. Nada indicaba que fuese á comenzar la fiesta.

Mudos estaban los cañones y las campanas, la inquieta multitud se abstenia de toda pregunta, empero se mostraba su asombro en sus miradas.

Valandrú, que salia de su casa, hizo al pasar por la calle estas observaciones. Meneó tristemente la cabeza, lanzó un suspiro y no pensó mas que en ir á peinar sus parroquianas.

En muchas casas atrapó aqui y allí palabras vagas, fragmentos de conversacion, cuyo sentido no le fué difícil adivinar pero se guardó muy bien de aventurar la menor reflexión.

Llegado á casa de la embajadora, la encontró preocupada y triste. Le dijo que le atusase sencillamente el pelo porque aquel dia no queria peinarse.

Obedeció Valandrú sin mostrar sorpresa ni decir una palabra, pero no le sucedió lo mismo á la embajadora.

Habituada hacia mucho tiempo á conversar con su peluquero, cuyo afecto á su persona conocia, no trató de contenerse.

—Presumo que habreis sabido la catástrofe sucedida ayer en palacio, le dijo.

—No, señora.

—¿No habeis estado hoy en casa de alguna persona de la corte?

—Si, señora, pero las gentes de la corte no acostumbran á contar á su peluquero lo que pasa en las

altar regiones, y en este país menos que en ningún otro.

—¿De veras? ¡Pues bien! Yo que tengo menos reserva con vos voy á ponerlos al corriente de una cosa, que ademas bien pronto se ha de saber. Figuraos, señor Valandrú, que se ha roto el matrimonio del Czar. El padre de la jóven Elena, la novia del Czar, habia tenido la audacia de engañar á su soberano, haciéndole creer en la buena salud de su hija.

—¿Es posible, señora?

—¡Y tan posible! La perspectiva de ser el suegro de un poderoso monarca habia seducido al buen hombre. Hoy debia haber visto realizada su esperanza. Afortunadamente la Providencia lo ha impedido. La jóven padecia de epilepsia. Ayer al entrar en los salones sufrió un violento ataque que descubrió el misterio y espantó al Czar mismo.

—¿Estais bien segura de eso, señora? preguntó friamente el peluquero.

—¡Buena está la pregunta, á fé mia! respondió la embajadora. El accidente ha ocurrido en presencia de la nobleza reunida y el cuerpo diplomático. Por eso me encontráis tan afectada.

—¿Y que han dicho los médicos?

—Los médicos no han hecho mas que certificar el hecho.

—¡Tanto peor! si yo me hubiera hallado presente hubiera tratado de curar á la enferma.

—¿Curarla? ¿Sabeis que ese mal es incurable?

—No importa.

—¿Como que no importa? replicó la embajadora

sonriéndose á su pesar... ¡Ah! si, ahora caigo. Los peluqueros como los barberos entienden un poco de cirujia, ignoraba que tuviérais esa pretension. Sea de esto lo que fuere, mi buena voluntad y mi proteccion no llegarán hasta proponer al Czar Alexis que os tome por su cirujano.

Valandrú no contestó una palabra.

—Tengo mucho interés en conservaros, añadió graciosamente la amable señora, que no tenia intencion de humillar á su peluquero. Lo que me contrista, continuó, es que ese padre, victima de su ambicion ó de su ternura, ha debido recibir cien palos esta mañana, y ser enviado en seguida á la Siberia á espiar durante su vida la injuria hecha á su príncipe.

—A creer lo que se cuenta, murmuró el peluquero sin tratar de disfrazar su mal humor, ese hombre, pobre, oscuro, confundido en la muchedumbre, no se hallaba en posicion de buscar el amor del príncipe en favor de su hija, lo que no impide que le condene á sufrir sus consecuencias.

—Seria justa vuestra reflexion, señor Valandrú, si ese hombre hubiese tenido la lealtad de revelar el estado de la enferma. En cuanto á la desgraciada Elena, no habrán durado mucho sus sueños de grandeza, la supongo encerrada ya por el resto de su vida en un convento. El primer ministro Morosow pronunció ayer inmediatamente estas severas condenas, y las ha hecho firmar al Czar en presencia de la asamblea.... ¡Ay! que me haceis daño, señor Valandrú, tened cuidado.

En efecto, acabada el peluquero de sentir un so-

bresalto, que habia arrancado tres cabellos á la embajadora.

Violentas ganas tenia de hablar. Pero habia prometido callar.

Consumado ademas el crimen una tardia indiscrecion podia comprometer su vida.

Escusose de su torpeza, tomando por pretesto la emocion causada por la relacion que acababa de oír. Despues permaneci6 todo lo demas del tiempo triste y silencioso.

—Este Valandrú es original, dijo la embajadora al verle marchar; pero tiene muy buen corazon y esta cualidad á mis ojos le da tanto valor como su habilidad para peinar.

La escelente señora creia hacer asi el elogio de su peluquero, y sin saberlo hacia igualmente el suyo.

No se habia pasado todavia una semana, cuando á mas y mejor volvieron á comenzar las fiestas en el palacio de los Czares.

Triunfante Morosow, acababa de decidir á su amo á casarse con Maria Ilia la hermana de la que él amaba. Iba á celebrarse una doble boda.

El Ministro moscovita recogia asi de este modo el fruto de su audacia y de sus odiosas maquinaciones.

Acostumbrado Alexis desde la infancia á sufrir le ascendiente de su ayo Morosow, creia deberle todo lo que sabia, hast el arte de reinar. Recordaba sus servicios, y su constante adhesion en varias ocasiones. Llegado al trono, se habia apresurado á nombrarle su primer ministro, persuadido de que no podia encontrar mejor consejero.

El jóven Czar era agradecido, circunstancia rara

EL PELUQUERO DE MOSCOW.

en un monarca, y esto explica la causa del excesivo imperio que el ayo convertido en Ministro continuó ejerciendo sobre su antiguo educando,

Ocho dias duraron las bodas de Alexis y de Morosow, la nobleza y el pueblo se entregaron á la alegría. Los diplomáticos de todos los países amigos de la Rusia, asistieron á los festejos de la corte.

La embajadora de Francia, que en definitiva, no podia sino favorablemente mirar las cosas, desplegó en estas funciones tanta amabilidad y tantas gracias, que casi podia habersele atribuido el papel de soberana.

Valandrú, á quien á la vez llamaban en veinte casas, veíase obligado á multiplicarse. Cualquiera otro hubiera sucumbido á tanto trabajo, empero Valandrú llevaba en su seno un secreto que mantenía en él el fuego de la colera y redoblada su actividad.

Acosado por este estimulante, menos á la embajadora, despachaba á la nobleza rusa tan sin cumplimiento y con tal presteza, que aumentando su fama hubiera llegado á ser un Creso si hubiera continuado por mucho tiempo la época de las fiestas y diversiones.

Al fin volviöse á entrar en el estado normal de la vida y en el descanso que todos deseaban.

Tres semanas despues del matrimonio del Czar estando una mañana peinando á la embajadora, lanzó de repente á su peluquero esta reconvenccion:

— No os creia tan misterioso, señor Valandrú, ni tan reservado, sobre todo, conmigo.

— No se, señora, por que decís eso... respondió asombrado Valandrú.

g-  
u-  
to-  
tes  
del  
n-  
nio  
y  
a.  
o  
o-  
do  
a-  
a-  
a-  
lé.  
la  
lo.

r-  
na

am  
8

—Vamos, vamos, no os hagais el disimulado /no me hablais dicho que estabais refuido con la condesa Golowina?

—¿Nada mas que eso? replicó desdeñosamente e peluquero: yo creia que la condesa os enteraria, por que...

—Os acusa de poco complaciente, interrumpió la jóven.

A punto estuvo de estallar Valandrú y revelar cuanto sabia, empero el embajador que se hallaba alli sentado de bata, leyendo la *Gaceta* y escuchando.

Juzgó mas prudente Valandrú dar á su justificacion un redeo anfibológico.

—La señora condesa Golowina, dijo, pretendia obligarme á hacer un género de peinado que me hubiera deshonrado.

—¡Hola! ¡hola! ¡hola! interrumpió el embajador riendo á carcajadas. Muy alto lleva el señor Valandrú el orgullo de su profesion.

Picado á lo vivo Valandrú, se irguió diciendo:

—Monseñor, en mi lugar, hubiera procedido como yo.

—Tal vez, si hubiera sido peluquero, replicó el embajador con tono burlon.

Algun tiempo despues de esto, entrando Valandrú, en casa de la embajadora, la encontró con un aire alegre, casi burlon, aunque benévolo.

—Sabeis, le dijo, que me poneis en un cruel embarazo.

—¿Yo, señora?

—Sí, vuestros incomparables peinados me atraen

cada día admiradores. el Czar mismo ha caído en la red y vos sois responsable.

—¡Gran Dios! exclamó el peluquero, ¿que está diciendo su excelencia?

—No vayáis tan de prisa, respondió la amable señora, dejando penetrar una sonrisa que embellecía un ligero rubor. Maravillado el Czar ha querido que aceptase yo una misión más difícil que de cuantas está encargada mi marido.

—No comprendo, señora.

—Sin embargo, tenéis talento, señor Valandrú, pero también tenéis susceptibilidad y eso es un mal. Voy á explicarme más claramente. Desean que peinéis á la Czarina, me han encargado arreglar este negocio, pero después de lo que ha sucedido con la condesa Golowina, os confieso, que temo no salir con él en adelante.

Cambió Valandrú de color temiendo si habría habido alguna indiscreción. Convencido, sin embargo, de que nada se había traspirado por su parte, y que los demás se hallaban más interesados que él en guardar silencio, se tranquilizó inmediatamente.

—Señora, dijo con aplomo, como tengo la certeza de que el Czar no ha de exigir de mí nada que no pueda hacer, tendré el honor de cumplir las órdenes que se sirva S. M. enviarme, y me reputo doblemente feliz de que este supremo favor me venga por vuestro conducto.

—Muy bien, señor Valandrú, eso me reconcilia con vos, respondió graciosamente la embajadora, por que me tenéis incomodada un poquito por vuestra ríña con la condesa Golowina, y sobre todo por no

haberme hablado de ella. Seguramente yo hubiera obtenido vuestro perdon y en ello hubierais gana'o mucho, porque la condesa está muy bien en la corte.

—Señora, exclamó el peluquero, prefiero mil veces deber á vos sola el honor que se me hace.

Sonrióse la embajadora con aquella imperceptible sonrisa de la mujer que no se atreve á decir todo su pensamiento, pero que quiere se lo adivinen.

—Hablais de mi proteccion, dijo negligentemente y dando un vistazo á su espejo; convenid mas bien en que á las obras maestras que improvisais con mis cabellos, debeis vuestra suerte. Os recomiendo únicamente, señor Valandrú que no vayais á reñir con la Czarina y sobre todo con el Czar.

—Señora, espero que no tendrán motivo porque quejarse de mi.

Hacia ya algun tiempo que el peluquero se veia en gran favor con SS. MM. moscovitas.

No se le ocultaba la satisfaccion conque la Czarina Maria al salir de sus manos se miraba al espejo. El mismo Príncipe mas de una vez habia tenido el gusto de ver pelarla, ora se lisonjeara en ello su vanidad de esposo, ora hubiese cambiado de objeto de su amor.

Obligado á ir todos los dias á palacio, frecuentemente se habia encontrado Valandrú cara á cara, ya unas veces con el ministro Morosow, ya otras con la condesa Golowina. No se habian escapado sus desdenosas y casi amenazadoras miradas.

Recibíalas como otras tantas heridas de que bien hubiera querido vengarse. ¿Pero que podia un hom-

bre de su condicion contra altos personajes, revestidos de la confianza del monarca? Devorar su despecho y guardarse de cometer una imprudencia.

Un dia, que coquetamente batia con su peine los rubios cabellos de la Czarina, Alexis, que se divertia en mirarle, le dijo de pronto:

—Valandrú, aseguran que las gentes de tu oficio, y sobre todo los franceses, tienen muy buen humor y siempre cuentan alguna cosa. Parece que tu no eres así, y lo siento, porque solo eso te falta para ser un hombre perfecto en tu clase.

—Señor, respondió Valandrú, el respeto que me inspiran vuestras augustas personas.....

—Déjate de eso, déjate de eso, replicó obsequiosamente el príncipe, aquí no hay ni representacion ni etiqueta. Di cuanto te se venga á las mientes, ni más ni menos que si estaviésses peinando á cualquiera simple muchacha del pais.

Animado con estas benévolas palabras, sitiado por su amor propio y por la especie de reconvencion que se le dirigia, Valandrú buscó en su inventiva imaginacion, y encontró mil gracias y ocurrencias que dividieron en extremo á los dos esposos.

Este feliz comienzo le inspiró tan bien: decia con tanta originalidad y chiste las cosas, que muy pronto la hora que destinaba para su peinado la Czarina, fué para el príncipe la hora de su mayor placer y distraccion.

Charlaban los tres personajes sin distinguirse mas que por su traje. Sin embargo, acostumbrado Valandrú al trato de los grandes, no se separó nun-

ca de la prudente reserva que convenia á su posicion.

Una mañana, que su sola entrada habia bastado para provocar la risa del Czar, mas alegre que de costumbre, le recibió familiarmente.

—Veamos, Valandrú, le dijo, mi mujer y yo nos hemos prometido que nos contarias hoy una de esas anécdotas de que necesariamente tu profesion te habrá hecho testigo.

Escusóse el peluquero, alegando la discrecion que exigia su estado.

—¡Bah! ¡bah! replicó el príncipe, no te digo que me des nombres propios.

Con el objeto de distraerles y hacerles olvidar la historia que le pedian, les dijo mil chistosas ocurrencias que no hicieron mas que aumentar el buen humor de SS. MM. y escitar su impaciencia. El Czar volvió á la carga resueltamente.

Viéndose apremiado de aquel modo, pasó por la imaginacion del peluquero un pensamiento diabólico y antes de haber tenido tiempo de contenerlo ya habia principiado á soltarse.

—Un príncipe joven, bello y poderoso, dijo, amaba á una doncella pobre y de baja condicion. Habia resuelto casarse con ella. Gentes á quienes contrariaba este matrimonio emprendieron sepárarle de él, empleando un medio bárbaro. Creyeron aquellas gentes que yo, humilde peluquero, consentiria en ayudarles. Me hicieron la proposicion, tratando de ganarme con el cebo de una magnífica recompensa, pero yo rehusé asociarme á la culpable accion que se meditaba. Presumo que otro fué menos

el mal siempre hallan cómplices que comprar. Ved aquí lo que sucedió.

Iba á darse una fiesta en honor de la novia. El príncipe debía asistir á ella, los que tenían el cargo de vestir y adornar á la joven, de tal modo apretaron los cabellos, que el peinado fué un suplicio para ella. Palideció al entrar en el salón, y muy pronto le dió un ataque de nervios que la arrancó gemidos y gritos.

Eso era justamente lo que deseaban los autores de aquel infernal complot. Testigos complacientes ó ciegos declararon que provenia el accidente de una terrible enfermedad que se habia tenido oculta. Asustado el príncipe, creyó ligeramente lo que se decia. El padre de la doncella fué condenado á un castigo tan cruel como injusto, y la desgraciada víctima de un amor que habia venido á sacarla de la oscuridad, se vió relegada á un claustro. Poco tiempo despues, contrajo el príncipe otro matrimonio, conforme á la intencion de los autores de la trama.

—No es alegre tu historia, dijo de repente la Czarina, llevando su pañuelo á los ojos.

Notó aquel movimiento Valandrú. Durante su malhadada relacion no habia cesado de concentrar su atencion en el trabajo que ejecutaban sus manos, pensando atenuar así el efecto de su imprudencia, de que tarde se arrepentia.

Una mirada furtiva que echó entonces sobre Alexis le hizo ver al emperador triste, silencioso, cabizbajo, su nergido en sus reflexiones.

—¡Torpe! ¿Qué es lo que he hecho? se dijo á sí mismo.

Inmediatamente, invocando todos los recursos de su talento, con la esperanza de apartar la tempestad, lanzó una porcion de gracias y chistes, que no obtuvieron ningun resultado. Desesperado, se dió prisa en concluir de peinar á la emperatriz, y se retiró avergonzado despues de haber saludado profundamente.

Atravesaba como fugitivo uno de los salones de palacio, cuando una mano le tocó en el hombro. Volvióse maquinalmente, y estuvo á punto de caer de espaldas al encontrarse cara á cara con el Czar.

—Sígueme á mi gabinete, tengo que hablarte, le dijo Alexis secamente.

Fuerza le fué obedecer al pobre diablo, que apenado y mustio siguió al emperador hasta su gabinete.

Al llegar á él, cerró Alexis la puerta cuidadosamente, tomó una silla, se sentó, é invitó al peluquero á que hiciese otro tanto. En vano se resistia éste; un gesto imperial le clavó en un sillón.

—Valandrú, le dijo el príncipe, acabas de contar una historia que me ha causado profunda impresion.

—Señor, demasiado tarde lo he advertido, os pido perdon, dijo tartamudeando el peluquero.

—No hay de que, no hay de que, interrumpió el Czar, unicamente quiero que me digas si esa historia es verdadera.

Embarazosa era la respuesta, el si y el no presentaban grandes inconvenientes. Triunfaron la franqueza y tambien un poco de vanidad del narrador.

—Señor, respondió con bastante firmeza Valandrú, me pediais una anécdota recogida en el ejercicio de mi profesion y no me creais capaz de haber engañado á unos personajes como vos y la Czariua.

—Eso me basta. Ahora dime, si gustas el nombre del príncipe.

—Vos mismo habeis declarado que podria guardar secreto en ese punto. Faltar á él seria hacerme indigno de la confianza que se me concede.

—¡Es muy justo! replicó friamente el monarca. Yo que no tengo las mismas razones que tu para ocultar ese nombre voy á decírtelo. El príncipe de quien hablabas ahora mismo, se llama Alexis.

Viendo aturdido y lleno de confusion al peluquero el Czar lo abrumó á preguntas sobre los incidentes de la aventura que acababa de contar.

Acosado por todas partes, no sabia Valandrú como salir del mal paso en que tan imprudentemente se habia metido.

Una repentina impresion se apoderó de él suscitada por el instinto de la conservacion.

—¡Señor! exclamó con desesperacion, poneis mis dias en peligro, de seguro me asesinarán.

—¿Y quien se atreverá á ello? replicó el monarca levantándose con altivez. Yo daré órdenes á Morosow para que te se respete como á mi propia persona.

—¡Guardaos bien de ello! respondió espantado Valandrú.

—¿Y qué? preguntó todo sorprendido el Czar, ¿no tendrías confianza en mi primer ministro?

Valandrú se mordió los labios.

—Yo no digo eso, replicó timidamente; pero se-

ñor, en mi cualidad de francés no deseo mas proteccion que la vuestra y la de nuestro embajador.

Viendo que insistia el príncipe en obtener detalles sobre un negocio que parecia interesarle en el mas alto grado, tomó por último Valandrú un partido, que creyó el mejor.

—Señor, le dijo, estoy pronto á responder á las preguntas que os digneis dirigirme, pero antes permitid os exija una promesa.

—¿Cual?

—Que el mas grande misterio sobre este asunto se guardará entre vos y yo.

—Lo juro.

Habiendo dado Alexis su palabra de soberano, Valandrú le esplicó la indigna astucia de que se habian servido para engañar su buena fé, y romper el matrimonio que se proponia verificar segun sus inclinaciones y los deseos de su corazon.

A pesar de verse apremiado el peluquero á designar los culpables, se defendió energicamente.

—Señor, le dijo, es para mi una felicidad, un deber, el proporcionaros la ocasion de reparar una injusticia; empero rehusó el papel de delator, ha prometido callar, permitid que cumpla mi promesa, como estoy seguro de que vos cumplireis la vuestra.

—Pero tu me hablas de una reparacion, exclamó con angustia el Czar. ¿A quién podré confiarme para esto? ¡tal vez á los autores del crimen que se me ha hecho cometer!

—Vuestra alta sabiduria os dará los medios, señor, dijo inclinándose el peluquero.

—Si, lo sé, añadió con amargura el monarca. Se

ensalza mucho la sabiduría de los soberanos, y regularmente no sirve sino para que los engañen otros. Pues bien; acepto como un consejo lo que acabais de decir. En el temor de dirigirme á traidores que no conozco no confiaré á nadie sino á mí mismo el cargo de salvar á los desgraciados que he sacrificado, y cuento contigo para que me ayudes. Esta noche debe de haber recepcion en palacio. A pretexto de que se necesitan tus servicios, vente aquí lo mas secretamente posible. Lo demás corre de mi cuenta. Solo te prevengo que estaremos tres dias ausentes.

Bien hubiera querido Valandrú exhibirse de prestar su cooperacion á un proyecto cuyo objeto ignoraba, y que podia costarle la vida, alegó la obligacion de ir todas las mañanas á casa de la embajadora; pero habiéndose comprometido á prevenirla el Czar, fué inútil toda resistencia.

Llegada la noche una larga fila de carruajes se agolpaba á las inmediaciones de palacio.

Amos y criados no pensaban mas que en librarse de la nieve que á grandes copos caía. Valandrú, embuzado en una larga capa, se deslizó furtivamente entre la muchedumbre.

En cuanto hubo penetrado en los cuartos de la servidumbre no tardó en hallarse con el Czar, que evidentemente estaba acechando su llegada. Alexis le hizo una seña y le llevó sin hablar una palabra á una pieza inmediata á su gabinete.

—Mira, le dijo, una cama: aqui un armario en el que encontrarás con que cenar y todas las cosas de que puedas necesitar. No tengas cuidado, descansa tranquilo, yo solo velo por tí.

A estas palabras se alejó Alexis, y oyendo el peluquero dar vueltas á la llave en la cerradura comprendió que se hallaba prisionero.

Un sentimiento de terror fue su primera impresion, empero se repuso inmediatamente diciendose á si mismo:

— ¡Bah! con semejante carcelero nada tengo que temer.

Habiendo abierto el armario encontró allí con que satisfacer ampliamente su apetito y reanimar su valor. Despues de haber hecho honor á la cena y probado suficientemente los esquisitos vinos que la acompañaban, sintió dilatarse su amor propio á la idea de la aventura que iba á correr en amor y compañía de un monarca, y á fin de estar mas dispuesto, dócil á la recomendacion del príncipe, se acostó, y entregándose todo á sus reflexiones se quedó profundamente dormido.

Durante este tiempo el Czar Alexis se paseaba lentamente en sus salones recibiendo los homenajes y las lisonjas de los señores, deteniéndose de trecho en trecho delante de las damas y dirigiéndolas palabras afectuosas y benévolas.

Al llegar al lado de la embajadora de Francia se mostró con ella aun mas amable que con las demas. Despues de algunas galanterias dichas con esquisito tacto, la rogó que aceptase su brazo para dar algunas vueltas por los salones.

A esta marcada y notable señal de preferencia, el anciano embajador de Austria á quien nada se le escapaba, sintió el mas vivo despecho. Aquel hombre de severa y apesadumbrada fisionomia se imaginó

ver sacrificados ostensiblemente los intereses de su amo á los del rey de Francia.

No atreviéndose á cometer la irreverencia de acercarse á escuchar la conversacion que iba á entablarse, no pudiendo disimularse tampoco que era un poco sordo, reunió en su prudencia los medios de parar el golpe que acababa de recibir.

Comenzó el Czar por extasiarse sobre el elegante traje y lo bien puesta que iba la embajadora, especialmente sobre su peinado que tuvo por el mas elegante y de gusto. Despues cambiando la conversacion de asunto:

—Señora, le dijo, tengo una gracia que pediros y un secreto que confiaros.

—Es decir que V. M. se digna concederme dos distinciones á la vez, respondió la joven con una deliciosa sonrisa. Seria una negra ingratitud no corresponderos, señor, como debo.

—Siendo eso asi ya no vacilo, replicó el Czar. ¿Consentireis, señora, en cederme por tres dias á vuestro peluquero, sin reconvenirle por esto despues ni pedirle cuenta de como haya empleado este tiempo?

La embajadora se hallaba muy distante de esperar tan estraña peticion. Asi es que le causó un acceso de alegria.

—Esto es muy serio, añadió gravemente el monarca.

Habiendo obtenido lo que pedia se deshizo en darle gracias por su complacencia, y añadió formalmente:

—Acordaos de que se trata de un secreto.

Después llevó galantemente á su dama junto á la Czarina, la instaló á su lado, estuvo con ellas un momento en conversacion y las dejó juntas.

Al cabo de algunos instantes viendo adelantarse hácia él al embajador de Austria le preguntó políticamente por su salud, cambió con él dos ó tres palabras insignificantes, y se fué enseguida á hablar con otros personajes.

Exasperado el austriaco necesitó de todo el disimulo de un diplomático para no descubrir su descontento.

Buscó en la multitud á su primer secretario de embajada, le habló al oído algunas palabras y se propuso retirarse presto para mandar un correo extraordinario á su corte ganando horas.

Valandrú dormía á pierna suelta, cuando un vivo resplandor hirió sus párpados le despertó repentinamente.

Vió al Czar de pié junto á él con una palmaria en la mano.

—Levántate, le dijo el príncipe, son las cinco de la mañana y nos vamos á marchar.

No atreviéndose á salir de su cama en presencia de la augusta visita que tan de mañana se le presentaba, el peluquero se contentó con echar una ojeada al sitio donde la vispera por precaucion habia colocado sus vestidos. Ya no estaban allí... Alexis le estaba mirando.

—Cesa de asombrarte, le dijo, tus vestidos estan en seguridad. Tanto á ti como á mi nos importa que no nos reconozcan durante nuestro viaje. Ahí, sobre

esa silla encontrarás un traje completo. Vistete: dentro de un cuarto de hora volveré á buscarte.

Al mismo tiempo encendió S. M. dos bugias, y se retiró cerrando con mucho tiento la puerta.

Habiéndose quedado solo Valandrú saltó inmediatamente de la cama, corrió á buscar el traje indicado, y grande fué su sorpresa al hallarse con un uniforme completo de Coronel.

Vaciló al pronto, pero inmediatamente se repuso.

—No es posible, pensó, que el emperador trate de burlarse de mi, sobre todo en semejante circunstancia.

Listo como las gentes de su oficio y diestro en materia de tocador, no necesitó mas que algunos minutos para transformar su persona en un apuesto y elegante oficial.

Terminada la metamórfosis, todavía le quedó tiempo para mirarse en un grande espejo de Venecia que allí habia, y se hizo la justicia de confesar que el traje de Coronel le sentaba á las mil maravillas. Conviene emitir aqui una particularidad que faltaba á nuestra relacion, Valandrú no tenia mas de veinte y siete años, era de aventajada estatura, y de agradable presencia.

El Czar, que entró en el cuarto durante su examen, ratificó por su sonrisa la opinion del peluquero.

—Toma tus armas, tu capa y sigueme, le dijo.

Convertido de repente en un militar, Valandrú se ciñó valientemente la espada, se apoderó de un par de pistolas, se embozó en una ancha capa con galones de oro y siguió al príncipe.

Llegados á la calle atravesaron silenciosamente

nuestros dos aventureros la ciudad de Moscow. El suelo cubierto de nieve impedía oír el ruido de sus pasos.

A alguna distancia fuera de las murallas encontraron un trineo con un tiro de seis caballos custodiado por dos hombres: eran dos siervos leales y decididos por su soberano.

Su amo los trataba bien, y por eso podía contar con su lealtad, y así acostumbraba á valerse de ellos en las mas delicadas y secretas ocasiones.

Alexis saltó listamente en el trineo, su compañero se lanzó dentro despues de él y el carruaje partió como una saeta.

Corrieron los viajeros todo el dia. Cuando la necesidad de remudar caballos les obligaba á detenerse, presentaban una orden firmada por el emperador. Inmediatamente se prosternaban ante ella y se apresuraban á servirlos.

Cuando llegó la noche, la necesidad de descansar y el rigor del frio los obligaron á acostarse en una cabaña de bastante mala traza. No habia en ella mas que un solo cuarto y una cama bastante ancha. El Czar obligó al improvisado Coronel á aceptar la mitad de la cama, por mas que éste insistió en irse al establo con los criados.

Es sabido que las costumbres rusas son muy diferentes á las de otros países: un general en la mesa no tiene ninguna repugnancia en hacer beber en su vaso al soldado que le trae un mensaje, y mas de un francés ha podido notar esta costumbre en la campaña de 1814; no hay que asombrarse, pues, de que en 1646 el Czar Alexis hubiese ofrecido al Coronel

Valandrú compartir su cama, y sobre todo en viaje.

A la mitad de la segunda jornada se detuvo el trieno en una aldea á la puerta de un convento.

Habiendo enseñado los dos viajeros la orden del soberano, se apresuraron á hacerlos entrar con grandes muestras de respeto en la mas hermosa sala de la casa. A poco se presentó una religiosa, y al verlos se precipitó á ponerse de rodillas. El Czar se apresuró á levantarla, despues, cruzando los brazos sobre pecho, con la frente baja, la mirada tímida, la contempló largo tiempo en silencio.

—Elena, dijo al fin, ¡cuánto mal os he causado por mi imperdonable credulidad! ¡Ay! en mi corallo el castigo, y este castigo durará tanto como mi vida. Pero vos, Elena, si os es imposible el amarme ya, permitidme al menos que os arranque á este anticipado sepulcro en donde tan cruelmente os han hundido. Yo vengo á devolveros al mundo y aseguraros una fortuna digna de vuestro mérito. Vuelta á la libertad podreis ulir vuestra suerte á la de alguno mas capaz que yo de apreciaros, y mis pesares y mi arrepentimiento servirán para espiar mi crimen.

Alexis no pudo continuar, tanto le sofocaba la emocion.

Un rayo de felicidad se reflejó en las facciones de la religiosa: sus ojos alzados al cielo le daban la expresion de un angel. Hubo un momento de silencio, durante el cual Valandrú muchas veces se enjugó una lágrima. Al fin pudo el Czar volver á tomar la palabra.

—Este amigo es el que me ha desengañado, dijo

señalando á su compañero. Ignoro quienes son los culpables, pero vais á dármelos á conocer, y nada podrá sustraerlos á mi justa venganza. Respondedme, Elena, os conjuro á ello en nombre de Dios.

La religiosa hizo preceder su respuesta de una celestial sonrisa.

—Príncipe, dijo con dulzura, esta casa no es un sepulcro, sino un refugio contra las tempestades del mundo, permitidme, pues que ya no salga mas de ella. Las personas que la habitan me han enseñado á perdonar á los malos: Dios los conoce, basta. Después de lo que acabo de oír nada más deseo. La felicidad que entreveía en la tierra no puede devolverse sino en el cielo. Mientras viva me será imposible hallarla en el mundo.

Alexis quiso tratar de combatir una resolución que sin embargo debía templar algún tanto sus pesares.

La religiosa le interrumpió.

—Príncipe, todos los días pienso en mi padre, debe estar muy triste. Pues que no nos ha abandonado vuestra bondad, dignaos asegurarme que le consolareis y que estendereis sobre él vuestra magnánima protección.

La desgraciada ignoraba el trato cruel que se había dado al autor de sus días.

Mientras Alexis se esforzaba en responder todo lo que pudiese contribuir á tranquilizarla, la joven religiosa pasó suavemente la mano bajo su velo y la retiró poco después.

—Príncipe mío, dijo, me queda una gracia que pediros, aquí tenéis un anillo y un pañuelo que me

disteis, dignaos concederme la autorizacion de conservarlos toda mi vida.

Las lágrimas de Alexis fueron su única respuesta. El no sentia por su parte que se le acababan las fuerzas. Sacando de la religion ánimo y valor le levantó la voz y exclamó con un acento solemne:

—Príncipe, recibid mi adios postrero, voy á invocar las bendiciones del cielo sobre vos y sobre la Czarina.

Despues de haber pronunciado estas palabras abandonó la estancia, apresurando el paso cual si la persiguiesen.

Valandrú, aunque muy conmovido, se vió obligado á arrastrar á la fuerza al Czar fuera de aquel sitio de dolor, y algunos minutos despues se hallaban ya corriendo de vuelta á Moscow en su trineo.

Muy triste fué el viaje de vuelta. El Czar casi no abrió la boca, sumergido en una profunda meditacion, contentábase con prestar la mano de su compañero cada vez que este trataba de hacerle volver en si. Solo al aproximarse á Moscow rompió al fin el silencio.

—¡Que ansiedad es la mia! exclamó repentinamente el Czar. La desgraciada ignora que su padre gime en el fondo de la Siberia. Estoy impaciente por sacarle de allí: cada minuto que tardo aumenta mi remordimiento: ¿y á quien confiar la ejecucion de mis órdenes? tal vez á los que han tomado parte en esta horrible trama. Amigo mio, pues que Elena se ha negado á nombrarme á esos miserables, pues que tu te obstinas en callarme sus nombres, aconsejame al menos. Tu profesion te pone mas al corriente que

yo pueda estarlo de las intrigas que me rodean. Te ruego que me indiques alguno á quien yo pueda enviar á Siberia; un hombre que me sea sinceramente adicto y capaz de hacer respetar mi voluntad á cualquiera que intente oponer obstáculos á ella, aunque fuesen mis ministros.

Al oír este ruego vió Valandrú una excelente ocasion de jugarle una mala pasada á Morosow, sirviendo al mismo tiempo perfectamente al Czar Alexis. Sabia que un general lleno de méritos y de un caracter enérgico acababa de caer en desgracia del emperador por la celos influencia del primer ministro, y ese general, fué cabalmente el que Valandrú designó al Czar.

Sorprendido pareció quedar el principe con aquella eleccion, pero se abstuvo de hacer objecion alguna.

Habia ya cerrado la noche cuando los viajeros volvieron á entrar clandestinamente en palacio conforme habian salido. El peluquero, habiendo vuelto á tomar sus vestidos, se apresuró á marcharse á su casa, mientras que el general inopinadamente y contra toda esperanza vuelto al favór, recibia de su soberano la orden escrita de su mano y en términos muy lisonjeros, de ir inmediatamente á verle en palacio.

La repentina desaparicion del Czar habia alarmado á toda la corte; su vuelta los llenó á todos de alegría.

El principe se fué inmediatamente á ver á la Czarina que se hallaba muy triste por su ausencia, que

disculpó con haber tenido que ocuparse de un negocio de estado de la mas alta importancia.

El primer ministro acudió tambien á palacio. Al placer de volver á ver á su amo, se mezclaban sobre su frente algunas señales de inquietud. Era la primera vez que el emperador le ocultabá algo.

Lo que contribuyó á aumentar sus temores fué el ver al general su rival, que en las altas horas de la noche se le presentó á pedirle friamente en nombre del Czar, datos positivos sobre el punto preciso donde se hablaba el padre de Elena, y á intimarle por decirlo así, que pusiese en el acto á su disposicion los medios de verificar prontamente su viaje.

En los dias siguientes pudo irse tranquilizando Morosow al ver que su influencia y su poder con su antiguo educando, en nada se habian disminuido. Habiendo visto que el matrimonio del príncipe se habia hecho á medida de su deseo, juzgó prudente callar y no hablarle de nada.

Al dia siguiente de su llegada, Valandrú aunque muerto de fatiga, se fué por la mañana, á la embajada de Francia. Tenia un aire grave y pensativo. La embajadora le recibió como siempre sin dirigirle la menor pregunta.

Meloso reservado fué el embajador. No sabiendo de todo este negocio mas que lo que la habia contado su mujer, y eso bajo la inviolable condicion del secreto, sentia un poco lastimado su orgullo de diplomático, y no lo ocultó delante de un compatriota iniciado en los misterios interiores de palacio.

—¡Diablo! Señor Valandrú, dijo mientras éste peinaba á la embajadora, ¿no sabia yo que estabais

de

irjo.  
nia-

era

3

0  
8

tan bien con el Czar? No me admiraría que fueseis llamado á reemplazarme aquí, porque mi mision va á cesar muy pronto, á ereer lo que me escriben de Paris.

—Monseñor quiere divertirse sin duda á costa de su peluquero, respondió sin desconcertarse Valandrú. Sea lo que fuere, juro á Dios que al marcharse su esclencia no permanoceré ni un dia mas en Moscow.

—Me asombráis, señor Valandrú. Sin embargo, me parece que no os va tan mal,

Iba á continuar en sus sarcasmos, cuando lo con-  
tuvo su esposa.

—Permit me que te diga, querido, que olvidas nuestras convenciones. Yo jamas guardo misteries contigo, y de ello tienes la prueba. En cuanto al secreto que aludes, recuerda que es del Czar y que debemos respetarlo.

Al oir esta reconvencion, salió de la estancia el embajador bastante descontento de ver al peluquero de su mujer mas adelantado que él, en los negocios íntimos de la córte de Rusia.

Confirmábase entr tanto en el público la noticia de que el embajador, de Francia iba á dej\*r próximamente á Moscow. Valandrú se disponia tambien por su parte como lo habia dicho á huir de Rusia, temiendo algun desfuero de Morosow. Ocupábase ya a preveccion de formar un discípulo, un jóven francés, destiuado á reemplazarle para peñar á la Czarina.

En muchas veces y ocasiones, trató Alexis de re-

tenerle en Rusia con la perspectiva de una brillante posición, sin exceptuar la de Coronel.

El monarca que miraba como indispensable el conservar á su íntimo confidente, y que daba á esto gravísima importancia presentó ante sus ojos cuanto creyó que podía tentarle. Confundíase en darle las gracias y excusas Valandrú, pero permaneció siempre inexorable. Parecíale el ministro tanto más temible, cuanto que ignorando su amo su infame conducta, le dejaba cada día acrecentar su poder y autoridad.

Por lo tanto, aunque había despreciado tan brillantes ventajas, Valandrú, que había reunido un peculio que hubiera satisfecho á más de uno de sus compañeros, necesitaba ver realizado el logro de sus deseos, que era en una palabra un matrimonio que se le había metido en la cabeza verificar.

Valandrú tenía tan profundamente sepultado en su corazón este secreto, que nadie había tenido conocimiento de él, ni aun el objeto mismo de su amor.

No había podido resistir el peluquero á los encantos de una jóven hija única de un negociante moscovita, á la que peinaba frecuentemente, porque su padre admitido en la buena sociedad se complacía en llevarla á ella para que brillasen sus gracias y en su hermosura.

Comprendiendo que su estado no le permitía elevar sus aspiraciones hasta ella; se había guardado muy bien Valandrú de manifestarla su pasión, aunque tenía casi la certeza de no serle del todo indiferente.

Un dia que salia del tocador de la Czarina, le llevó el emperador á su gabinete, y lleno de gozo le anunció la llegada del padre de Elena. Lleno del deseo de borrar sus agravios, queria llenar de bienes á aquel desgraciado, y asegurar una considerable pension á su hija, con la que ya no podía casarse.

—Amigo mio, le dijo á Valandrú, tu has salvado mi honor; semejante servicio, no puede pagarse solo con oro; y pues que te empeñas á todo trance en darme, pídemelo antes de marchar una cosa con que yo pueda pagarte lo que por mi has hecho. Sea lo que fuere, me comprometo á concedértela.

—¡Pardiez! se dijo á si mismo Valandrú, la ocasion la pintan calva; si no me engaño, todavia el Czar conserva algo de sus primeros amores; quizá esté dispuesto á compadecerse de los míos.

Sin pensar en mas, dejó por la primera vez escapar su secreto, embozado en algunas precauciones oratorias.

Reflexionó un momento el Czar, se rascó la frente y concluyó por decirle:

—Ten buenas esperanzas, voy á ocuparme de eso.

Viendo en tan buenas manos su negocio, Valandrú creyó deber poner una condicion á los pasos que por él iba á dar el Czar. Exigió que fuese enteramente libre y espontáneo el consentimiento de la que amaba. No queria, y no podia ser completamente feliz sin esta cláusula.

Pocos dias despues el peluquero vió colmados sus deseos casándose con la hija del negociante. Se verificó el matrimonio en presencia del embajador y de la embajadora. Gracias á la generosidad del Czar, la

fortuna que aportaba al matrimonio Valandrú, formaba un brillante contrapeso con el dote de la novia, de cuyo equipo quiso encargarse la Czarina.

Cuando fué llamado á su corte el embajador, Valandrú obtuvo facilmente el permiso de viajar en su comitiva, acompañándole con mucho gusto á Francia su mujer.

La víspera de la marcha, Valandrú vió llegar á su casa al padre de Elena, acompañado del general su libertador que se habia hecho muy amigo suyo: los dos iban á darle las gracias por sus buenos oficios, porque el padre de Elena se hallaba muy rico, y el general con más crédito y favor que nunca.

El peluquero volvió á su patria del Delfinado, compró una magnífica casa, vivió allí opulentamente, y no teniendo nada que temer de la venganza de Morosow, el ex-peluquero, cuando recibia en su casa á la alta sociedad de la provincia, se complacía en contar la aventura que le habia hecho tirar los peines.

La amistad del Czar decia con mucha gracia, y el recuerdo de haber compartido su cama le servian de árbol génealógico y de escudo de armas.

Mientras tan felizmente lo pasaba nuestro ex-peluquero en Francia, gravísimos sucesos ocurrían en Moscow. Morosow se dejó embriagar por el crédito y el favor que gozaba de un soberano. Creció su orgullo y su soberbia y no pudiéndole sufrir ni los nobles ni el pueblo, hubo un tumulto en que aguardando el pueblo al Czar al salir de un palacio, le pidió á gritos venganza contra el ministro opresor, victoreando el mismo tiempo á Alexis que era un soberano muy

querido de su pueblo. Acudió lleno de altivez Morosow con sus guardias, que tuvieron la imprudencia de pegar con los sables á los sediciosos que estaban hablando con el emperador. Ya no se contuvieron entonces los rebeldes, ni pudo contenerlos Alexis, el pueblo se arrojó sobre Morosow y lo hizo pedazos.

Mucho lo sintió el príncipe, que lo miraba como á su padre y su maestro, empero se disipó su dolor, cuando á los pocos dias de su muerte recibió una carta de Elena en que perdonando á su enemigo Morosow le revelaba que éste era el autor de su desgracia.

Pocos dias despues recibió por la embajada francesa un pliego, en que el ex-peluquero le revelaba el nombre del autor de la desgracia de Elena, de quien el pueblo en un momento de furor habia hecho justicia, guiado sin duda por la Providencia que jamas deja impunes los crímenes sobre la tierra, por lento que parezca su modo de obrar, no siendo dado á los hombre, el comprender los altos juicios de Dios.

FIN.

